

a los hechos, como la posterior. Pero ha añadido las fuentes documentales del Archivo Vaticano y del ministerio de Asuntos Exteriores de España, lo cual hace de esta obra un referente para estudiar los problemas de la época.

En sus trece capítulos, bien ordenados y contruidos, va estudiando y desarrollando las diversas cuestiones donde se reflejan las relaciones entre la Iglesia y el Estado, de cuya importancia da una idea el simple enunciado, tanto de los capítulos como de los apartados que los componen. Todos ellos se refieren a cuestiones de política religiosa. Comienza con el problema sucesorio, para estudiar después la regencia de María Cristina (1833-1840), con la aceleración de las medidas anticlesiásticas, en el cap. III, que culminan con la desamortización y la política de los últimos ministros de la regencia de María Cristina. La regencia de Espartero y el proyecto cismático de Alonso completan los capítulos sexto y séptimo.

No podía prescindir del estudio dedicado a personajes que han tenido una relevancia especial. Entre ellos sobresale el P. Claret —confesor de la reina—, a quien quisieron implicar en todo lo que veían su actuación sólo bajo un signo político. El mismo signo persecutorio tuvieron por parte de algunos políticos las amistades de la reina, la Madre Sacramento y Sor Patrocinio.

A la década moderada (1844-1854) y el bienio progresista (1854-1856) está dedicado el capítulo décimo, para centrarse en el siguiente en el concordato de 1851, que entre su negociación y ratificación ocupa buena parte de la política en estos años.

El trabajo concluye con la última etapa isabelina que, en cuanto al tema se refiere, se centra en los problemas que surgen con el Gobierno a raíz de la publicación del *Syllabus* y sobre todo la «Cuestión romana», con el reconocimiento del reino de Italia.

Las cuestiones enumeradas y otras muchas se encuentran en este libro sencillo y directo, que no tiene otro fin que exponer los

hechos. No se propone juzgar, sino exponer con claridad. Con todo ello proporciona una visión general; la que a veces no dan las monografías más especializadas. Pero también presenta un amplio panorama de la época, personajes y acontecimientos, sin detenerse en detalles.

Por ello esta obra, que si no es muy extensa, sí contiene la información primaria del tema, es de gran utilidad para estudiar las cuestiones reseñadas y comprender mejor nuestro siglo pasado.

P. Tineo

**Francisco MARTÍ GILABERT**, *Amadeo de Saboya y la política religiosa*, EUNSA («Historia de la Iglesia», 31), Pamplona 1999, 154 pp.

La revolución de 1868 se ha considerado como uno de los hechos importantes del siglo XIX. Comenzó en septiembre de aquel año con la sublevación del almirante Topete en Cádiz, aunque ya se venía preparando dos años antes. En la batalla de Alcolea se enfrentaron las fuerzas sublevadas con las gubernamentales. Isabel II, sin renunciar a la corona, desde Lequeitio donde se encontraba, pasó a Francia.

En 1869 las Cortes aprobaban la forma monárquica como régimen de gobierno, pero con un monarca que ellas eligieran. El general Serrano fue proclamado regente y los esfuerzos se dirigieron a buscar un rey. No fue fácil encontrar quien apeteciera la corona española: fue rechazada inicialmente por Amadeo de Saboya, Fernando de Coburgo, por la dinastía de Hohenzollern, por las Cortes escandinavas, etc. No cuajaron tampoco otros candidatos como el duque de Montpensier y Baldomero Espartero. Al fin, tras la negativa inicial, Amadeo de Saboya, duque de Aosta, hijo segundo del rey de Italia, la aceptó. Tenía como valedor al general Prim, jefe del gobierno. Pero al desembarcar en Cartagena, en diciembre de 1870, se enteró de que el general Prim había sido asesinado.

Su gobierno fue muy breve, pues solamente gobernó dos años y dos meses. Siguió en política la línea de la «Gloriosa». El espíritu antirreligioso se manifestó desde el primer momento, aunque el tono revolucionario fue perdiendo virulencia dentro de la hostilidad habitual contra la Iglesia. Se puede decir que los jefes de la septembrina eran católicos, como la mayoría de los españoles. Pero ello no impidió que formaran parte del gobierno algunos ministros con un fuerte espíritu antirreligioso que se tradujo en medidas anticlesiásticas.

Se destaca la rivalidad entre los partidarios de Zorrilla y Sagasta, surgidos también del enfrentamiento: progresismo radical y constitucional. Los radicales tenían como programa llevar a la práctica los principios de la revolución de septiembre, lo cual equivalía a una revolución permanente. Sagasta fue más realista y conservador dentro de la revolución y se propuso resolver los problemas inmediatos. Esta pugna entre los partidos y sus seguidores tendrá una parte no pequeña en el fracaso de don Amadeo.

De una manera especial se detiene en las medidas del Gobierno hostiles a la Iglesia, pues constituyen el objeto del libro. Pero también ellas hay que situarlas en su ambiente y circunstancias.

Es cierto que Amadeo de Saboya intentó ganarse la popularidad y el afecto de los españoles, sin lograrlo. El rey y su familia sufrieron la frialdad y la indiferencia. Al fin, cansados de la constante oposición de la aristocracia, de gran parte del clero y del ejército, de las faltas de respeto de la prensa a sus personas, decidió presentar su renuncia a la Corona de España. Precipitó la renuncia la cuestión artillera, pero aunque ésta no hubiera existido el rey hubiera igualmente abdicado, ya que al parecer ese asunto fue simplemente el pretexto, la gota que colmó el vaso.

Con la marcha del rey, en los años que median entre 1868 y 1874, el país había visto una revolución, un destronamiento, un régi-

men provisional, una regencia y una monarquía. Ahora, después de la abdicación de Amadeo, se adentraba en la forma de gobierno que no había ensayado: la república, una consecuencia lógica de toda la secuencia revolucionaria.

Lo efímero del reinado de Amadeo hacen también breve esta monografía, que da, sin embargo, datos interesantes sobre el particular. Centrada en las cuestiones que afectan a la Iglesia, recorre sistemáticamente el camino desde el destronamiento de Isabel II hasta la abdicación de Amadeo. En los capítulos centrales se articulan las cuestiones en torno a Amadeo y el papa Pío IX, el jubileo del papa, el reconocimiento de las comunidades religiosas y las medidas anticlesiásticas. Debe incidir en otros muchos puntos a examinar, como son la actuación de los obispos, el cisma de Cuba, etc.

El libro cumple los propósitos trazados en su gestación. Todo ello hace de esta obra del Dr. Martí una monografía importante para conocer este capítulo de nuestra historia.

P. Tineo

**John T. NOONAN**, *The Lustre of Our Country. The American Experience of Religious Freedom*, University of California Press, Berkeley 1998, 436 pp., 12 ilustraciones en b/n.

La experiencia norteamericana de la libertad religiosa es, sin duda, una de las mejores y más valiosas contribuciones de Estados Unidos al mundo, y sólo por ella merece brillar para siempre en la historia de la civilización. Noonan, profesor, juez y escritor, hace en este libro un buen panegrico de la historia de esa idea cuando todavía cuelga sobre el mundo la espada de la intolerancia y la persecución religiosa. Buena parte del atractivo del libro es la manera de contar esa historia. Empieza con un prólogo autobiográfico en el Boston de 1926, cuando nació Noonan, recordando su propia familia de raíces protestantes y